

*El secreto
de Amber*



JOSI S. KILPACK

*A Thomas Richards y Amelia Hey,
mi vínculo personal a Inglaterra.
Gracias por vuestro legado.*

Libro uno



Londres

Capítulo 1

Abril

Thomas se dio cuenta al instante de que Amber Sterlington acababa de efectuar su entrada en la sala de baile de Almack's. No porque estuviera mirando hacia la puerta, o porque alguien pronunciara su nombre. No. La razón por la que Thomas Richards supo que la señorita Sterlington acababa de llegar fue el hecho de que todos los caballeros se enderezaron y volvieron la cabeza. Simultáneamente, las mujeres presentes en la sala entrecerraron los ojos o levantaron la barbilla un poco, la versión femenina de la misma respuesta. No en vano Amber Sterlington era la Sensación de la Temporada y, en un abrir y cerrar de ojos, la estancia había cambiado ante su presencia.

A Thomas le importaba poco la atención que la sociedad pudiera dispensarle a la señorita Sterlington, pero, al igual que los demás, reaccionó a su llegada irguiéndose un poco, por si acaso a ella se le ocurría mirar en su dirección. La verdad era que Amber Sterlington era sencillamente la mujer más atractiva que había visto en su vida y estaba tan impresionado por su llegada como el resto de los hombres.

Durante el mes que llevaba en Londres —aquel era su tercer baile de los miércoles en Almack's— Thomas había visto a la señorita Sterlington casi una docena de veces, en diversos eventos, y en ninguno de ellos había podido evitar que la joven le provocara una profunda impresión. Posteriormente se había reprendido por ello sin contemplaciones, pues se tenía a sí mismo como un hombre por encima de tales fantasías. Ella se casaría por títulos, por dinero o por ambas cosas, como todo el mundo sabía, y, como hijo menor de un modesto barón, Thomas no tenía ninguna de esas cualidades, lo que hacía que el hecho de que le atrajese resultara mucho más irritante.

La risa sensual de la joven le envolvió, revelando otra de las cualidades que la distinguían de las gorjeantes muchachas de la alta sociedad. Todo en aquella mujer era a la vez perturbador y fastidioso, cuando en los demás aspectos de su vida se consideraba un hombre que actuaba con lógica, decisión y sentido del equilibrio.

—¿Decía, señor Richards...?

Thomas volvió su atención a la joven que se encontraba junto a él, con un vaso de limonada en sus delicadas manos y prestándole muchísima atención con los ojos muy abiertos, una expresión que sin duda su madre le habría enseñado, puesto que la mujer no ocultaba a nadie su intenso deseo de casar a su hija menor.

No es que estuviera en contra, por principio, de la señorita Carolyn Morton. Los modales de la muchacha eran de alta cuna y no parecía el tipo de mujer que fuera a empeñarse en arrastrar a su futuro marido a Londres en busca de la vida social que a él le parecía más que tediosa. Lo que le preocupaba era el nivel de inteligencia de la joven. A pesar de las muchas advertencias que pesaban contra las mujeres aficionadas a los libros, él prefería encontrar una con la que se pudiera hablar de vez en cuando. Nunca había imaginado que aquel punto de vista convirtiera la búsqueda de pareja en algo tan difícil. Aunque a muchas de las debutantes de la temporada les habían enseñado literatura y arte —dos áreas de estudio de las que él también disfrutaba—, ninguna de ellas podía dar la menor opinión crítica sobre dichos temas, ni por supuesto sabían una palabra sobre cuestiones de economía o política.

A pesar de todo, la señorita Morton era una chica agradable y Thomas, distraído por la entrada de la señorita Sterlington, había interrumpido su respuesta sobre lo que pensaba de la actual sesión parlamentaria. Tenía que poner remedio a eso de inmediato.

—Sí —repuso, recordando la conversación que acababa de cortar—, como estaba diciendo, tengo la esperanza de que el parlamento aborde las reformas agrícolas que tanto necesita el norte de Inglaterra. La minería está absorbiendo tal cantidad de inversiones que temo por el futuro del ganado y de los campos de los que depende nuestro país. Si los industriales mineros siguen tomándose tantas libertades con la tierra y sus correspondientes derechos de riego, que están comprando a un ritmo alarmante, no dudo de que pronto

tendremos que importar carne de buey del continente. Una solución inaceptable, en mi opinión, cuando tenemos los recursos para ser autosuficientes, con la sola condición de que el parlamento se decida a proteger sus intereses, así como los de toda Inglaterra.

La señorita Morton asintió, pero Thomas pudo ver claramente el vacío en su expresión y se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con información que no podía ser de interés para su interlocutora. En un intento de reparar la situación, el joven aristócrata se inclinó levemente y sonrió a la muchacha con un gesto muy caballeroso.

—¿Le gustaría bailar conmigo la próxima cuadrilla, señorita Morton? —dijo.

La luz que Thomas había ahuyentado del rostro de la joven con su charla sobre vacas y maíz regresó inmediatamente. La joven asintió tan rápido que los rizos que le caían a ambos lados de la cara se sacudieron, como si ellos también estuvieran impacientes por salir a la pista. La señorita Morton sonrió mostrando unos incisivos impresionantes que no le hubieran importado mucho si la chica hubiera dado algo más de sí como conversadora.

—Definitivamente, estaría encantada bailar una cuadrilla con usted, señor Richards.

—Estupendo —respondió Thomas con una ligera inclinación de cabeza—. Regresaré a por usted en cuanto este grupo haya terminado.

La señorita Morton volvió a sacudir sus rizos mientras Thomas se abría paso entre la concurrencia hacia una de las salas de reunión que no estuviera tan abarrotada de gente como las otras. No soportaba las multitudes durante mucho rato y necesitaba un momento para sí mismo antes de llevar a la señorita Morton a la pista de baile. Al pasar, Thomas vio a la señorita Sterlington rodeada por media docena de pretendientes y sintió que apretaba los dientes en una reacción aparentemente incontrolable.

Había acudido a Londres porque era razonable esperar que un hombre que buscaba esposa encontrara una entre todas las jóvenes que acudían a la ciudad durante la temporada social, temporada que, justamente, coincidía con el periodo de sesiones del parlamento. Sin embargo, después de un mes en la capital, aún no había conocido

a ninguna mujer capaz de mantener su interés durante una velada entera. Pensó en la señorita Sterlington y negó con la cabeza ante la ironía de que la única debutante que había llamado su atención era precisamente una que estaba lejos de su alcance.

El joven encontró un rincón casi vacío donde alguien, afortunadamente, había abierto una de las ventanas con parteluces romboidales y se tomó la libertad de abrirla un poco más para que el aire fresco le diera en la cara. Nunca se le habría ocurrido llamar puro al aire de Londres, pero en la calle se respiraba desde luego mucho mejor que en el cargado salón de baile. Thomas miró hacia un jardín de las inmediaciones y sintió una ola de melancolía mientras observaba los árboles y el sendero.

Echaba de menos Yorkshire, donde había vivido toda su vida y donde estaban enterrados su padre y su hermano mayor. Añoraba los páramos, el ganado y las ovejas de North Riding y pescar en el río Wiske, que corría por las tierras propiedad de su familia, caminando por el barro con sus botas desgastadas y comiendo manzanas que tomaba directamente del árbol cuando estaban maduras. Echaba de menos a su madre, a su hermano y a su sobrina Lizabeth, que se estaba adaptando al nacimiento de su hermanito, el próximo lord Fielding. En fin, Thomas echaba de menos los sencillos bailes en el campo, donde los asistentes no sentían la singular presión de tener que encontrar pareja para casarse en medio de la multitud.

—Solo una temporada —le había suplicado su madre hacía dos meses, revelando un plan en el que llevaba pensando cierto tiempo—. Estoy segura de que, una vez que te comprometas con tus tierras, nunca más saldrás de Yorkshire.

En aquel momento Thomas no se vio capaz de apaciguar adecuadamente los temores de su progenitora y por tanto accedió a sus deseos.

—No me digan que estoy ante el honorable Thomas Richards...

Reconoció al instante la voz nasal a sus espaldas y sonrió antes de darse la vuelta para encontrarse cara a cara con un dandi de los auténticos, que lo observaba con curiosidad a través del monóculo que llevaba ajustado a su chaleco con un lazo negro.

—¡Si no lo veo, no lo creo! —exclamó el petimetre mientras golpeteaba elegantemente el suelo con su zapato verde de punta cua-

drada. A continuación, apoyó una mano en la cadera, bajó el vaso y miró a Thomas con creciente asombro.

—¿Thomas Richards en Almack's? ¿En Londres? —dijo, con los ojos cerrados y negando con la cabeza, mientras tomaba aire con fuerza, en plan teatral—. No, no, debes de ser un impostor. El Thomas Richards que yo conocía, bendito sea, nunca haría tal aparición. No, eso iría en contra de todas sus convicciones, estoy seguro.

Rio y tendió la mano a su antiguo compañero de clase. Aunque eran tipos de hombres muy diferentes, Thomas había considerado a Fenton un gran amigo durante muchos años.

—Mi sorpresa habría sido aún mayor si el vizconde Fenton no se encontrara en Almack's, en Londres —respondió, imitando la cadencia de su interlocutor—. La verdadera pregunta es por qué llevo en esta ciudad casi un mes y no lo he visto antes.

La manera que tenía Fenton de estrujar la mano al saludar le recordó que, si su antiguo camarada lo decidía, podía dejarlo tumbado en el suelo en un santiamén. Lo había hecho más veces de las que Thomas quería recordar cuando eran compañeros de clase en Oxford y trataban de demostrar quién era el más fuerte, como suelen hacer los jóvenes en una gran variedad de juegos competitivos.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó, dejando de lado el tono bromista.

—Muy bien —respondió Fenton, con voz baja y tranquila, ahora que no estaba haciendo el espectáculo—. ¿De verdad llevas un mes en Londres?

—Casi —confirmó—. Darwood me dijo que estabas en Brighton. El vizconde asintió.

—Así es, pero la compañía me aburría y al final me di por vencido. Bueno, qué suerte que haya sido así. Es estupendo verte de nuevo. ¿Qué tal lo estás pasando en la gran ciudad?

Thomas abrió la boca para contestar, pero Fenton lo interrumpió antes de que pudiera decir una palabra.

—Ah, déjame adivinar —dijo el vizconde, volviendo a su anterior afectación y llevándose una mano al pecho—. Estás horrorizado por la suciedad y aburrido con el entretenimiento frívolo. Has venido solo porque deseas lo que todo hombre quiere y teme a la vez: una esposa.

Thomas rio de nuevo.

—Mi respuesta iba a ser algo menos condescendiente.

—Y mucho menos honesta, sin duda —replicó Fenton. Thomas no trató de discutir.

—Para serte sincero sí, me ha enviado mi madre —repuso—. Desea que encuentre una esposa adecuada y está segura de que en Yorkshire no hay ninguna posibilidad.

—Bueno ¿cuántas mujeres hay en Yorkshire? —preguntó Fenton levantando las cejas para enfatizar la pregunta—. Además de tu madre, por supuesto, y de la esposa de tu hermano, que no debes considerar, no puede haber más de dos o tres mujeres en todo el condado y mucho menos en edad de contraer matrimonio. Creo que tu madre tiene razón.

Thomas no intentó ocultar su sonrisa.

—Supongo que este es el punto de nuestra conversación en el que trato de convencerte de que Yorkshire no es el bosque deshabitado que tú imaginas.

—Tal vez, pero me negaré a creerlo, como siempre, y acabarás rabiando por defender tu tierra natal y yo me sentiré mal por llevar las cosas demasiado lejos. Mejor que no empecemos siquiera.

Thomas rio de nuevo y palmeó a su amigo en la espalda mientras tomaba nota de su *blazer* de raso dorado y verde, a rayas, que combinaba con sus extravagantes zapatos, un atuendo muy diferente del conservador traje de noche que él vestía y que consistía en chaqué negro, chaleco gris y pantalones bombachos color crema.

—Cuánto me alegro de verte, Fenton —dijo sinceramente—. Londres acaba de subir muchos puntos por el hecho de haberte encontrado aquí. Darwood está por ahí, entre la gente.

—Darwood es un tipo particularmente desagradable —suspiró su amigo, agitando sus puños de encaje con exagerada atención—. Preferiría evitarlo mientras sea posible.

—Me atrevo a imaginar que tu padre no habrá cesado en sus críticas respecto a tu manera de vestir —comentó, señalando la excéntrica ropa de Fenton. Este le dedicó una sonrisa cómplice y se acercó para susurrarle.

—La desprecia —dijo, con los ojos brillantes y levantando el mentón, como si posara para un retrato—. Casi tanto como las mujeres adoran mi estilo.

Thomas sacudió la cabeza con burlona decepción y chasqueó ruidosamente la lengua.

—Si hubiera tenido la menor sospecha de que los cuellos altos que llevabas en la universidad iban a llevarte a esto, los habría quemado mientras dormías —dijo. Fenton se echó a reír y en el acto se esfumó su pose afectada.

—Bueno —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho—, hágameme de tus planes aquí, aparte de buscar esposa. ¿Necesitas que te introduzca en algún antro del juego? ¿Te has unido a algún club? Yo mismo soy fan de Brooks. Tienen unas grandes mesas.

—No soy muy aficionado al juego —repuso Thomas, sacudiendo la cabeza. Como heredero de un rico patrimonio, la situación económica de Fenton era muy diferente a la suya. El joven vizconde levantó una ceja.

—Londres vuelve jugadores a muchos hombres —declaró.

—Tal vez, si su bolsa está más llena que la mía —confesó Thomas, que no veía razón para el secretismo respecto a su situación—. Tengo que hacerme a mí mismo y lo único que se interpone en mi camino es la tarea de encontrar una esposa adecuada.

Fenton inclinó la cabeza ligeramente y lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Una que tenga fortuna? —dijo.

Thomas se ruborizó ante la sugerencia de que esperaba vivir de su esposa.

—No, claro que no —replicó. Fenton hizo ademán de recular y él se dio cuenta de que había reaccionado con demasiada brusquedad, así que suavizó su tono.

—He hecho un arreglo con mi hermano mayor —continuó—. La mayor parte de mi asignación anual a cambio de los campos cerca de Romanby. A largo plazo, habré hecho una inversión mucho mejor y aún me queda una modesta renta.

Fenton mantuvo las cejas arqueadas durante la explicación de su interlocutor y, al finalizar, dejó caer los brazos a los lados.

—¿Has renunciado a tu herencia? —dijo—. Nunca había oído nada parecido.

Thomas se encogió de hombros, como si su decisión fuera un lugar común, aunque en realidad él mismo había tenido la idea. La

gran mayoría de los hombres no prescindirían de la seguridad de unos ingresos garantizados para seguir su propio camino.

—Creo que, con el tiempo, la tierra compensará con creces los ingresos perdidos —se limitó a apuntar. Tras la muerte de Charles, el mayor de los tres hermanos y heredero de su padre, Thomas se había dado cuenta plenamente de cuán dependientes eran todos del linaje y de la herencia. También había comprendido que, a medida que las generaciones —y en concreto su propia posteridad— se alejaran más de la seguridad que ofrecía el título, sería necesario aportar a su herencia algo de mayor entidad. Era una perspectiva excepcional entre la nobleza, sin duda, pero estaba tan firmemente asentada en su mente que no tenía ninguna duda de que estaba acertado.

El sonido de una voz familiar interrumpió a Fenton cuando se aprestaba a responder y los dos hombres miraron en la misma dirección. Por segunda vez aquella noche, Thomas se puso en alerta ante la presencia de Amber Sterlington. La joven se aproximaba, iba del brazo de su hermana menor, a quien Thomas reconoció de otros acontecimientos sociales. El efecto que la señorita Sterlington tenía sobre él volvió a tomarlo por sorpresa y el joven confirmó una vez más que no era el único hombre al que afectaba la presencia de la Sensación de la Temporada. Así, Fenton adoptó una postura de distinción y se inclinó hacia las mujeres, bajando la mano casi hasta el suelo.

—Señorita Sterlington —saludó, mientras se erguía—. Señorita Darra. Qué afortunados somos de poder contar con su compañía esta noche.

Amber Sterlington lanzó una mirada juguetona a Fenton, que despertó instantáneamente los celos de Thomas.

—Qué afortunadas somos nosotras de que usted nos reciba, lord Fenton —respondió con su perturbadora voz, dando a entender que ella y el vizconde se conocían. La joven extendió la mano, que llevaba cubierta con un guante de raso blanco, a juego con su vestido de satén del mismo color. Este se abría en el frente y revelaba una suave tela interior en verde claro, que hacía resaltar aún más los ojos del mismo tono de la señorita Sterlington. Fenton tomó la mano que se le ofrecía y se inclinó sobre ella con una naturalidad que Thomas envidió.

—Tiene usted un aspecto absolutamente arrebatador esta noche, señorita Sterlington —comentó—, como una diosa antigua traída a la vida.

—Oh, bah —replicó Amber, sacudiendo la cabeza, mientras que se agarraba de nuevo del brazo de su hermana. La señorita Darra era una belleza por derecho propio, aunque Thomas dudaba de que mucha gente lo notara.

—Ya es malo que Almack's tenga un ambiente tan triste una semana tras otra —prosiguió la bella—, pero el requisito de que las debutantes vayan vestidas de colores pastel es inaceptable. ¿No ofende su sensibilidad que puedan ustedes aparecer en todo tipo de patrones y colores, y en cambio las mujeres seamos condenadas a ir vestidas como niñas pequeñas? No es justo, lord Fenton, no es justo en absoluto.

Al decir aquello, la señorita Sterlington fingió un puchero, con un gesto encantador de sus labios, y dejó escapar un suspiro igualmente atractivo.

—Ah, pero usted parece un ángel, querida —replicó Fenton—. El blanco es como un lienzo para su cabello y para sus ojos. No puedo entender por qué le molestan esas regulaciones, cuando la muestran con la mejor luz posible.

Amber sonrió, animada por unos cumplidos que estaban a años luz de cualquier cosa que Thomas pudiera decir. ¿No le avergonzaba a la señorita Sterlington escuchar tan escandalosa cascada de halagos?

Como si respondiera a la pregunta formulada por Thomas para sus adentros, la señorita Sterlington se llevó la mano a uno de los largos rizos castaños que le caían sobre los hombros y lo enrolló en torno a su dedo, mientras dirigía una mirada de fingida timidez a Fenton. El resto del cabello lo llevaba recogido sobre la cabeza, una masa de rizos en la que habían tejido florecillas blancas con centros de diamantes. La única otra joya que llevaba era un colgante ovalado —de ámbar, como su nombre—, que le colgaba justo debajo de la clavícula y desde ahí atraía las miradas.

Mientras muchas de las debutantes apenas parecían mujeres, Amber Sterlington tenía una figura digna de admiración. Sus inquisitivos ojos verdes —con toques dorados, notó Thomas—, su piel

suave y su hermoso cabello no le dejaban ninguna duda al joven de que las demás no le llegaban ni a la suela del zapato. Tan hipnotizado estaba que, hasta que oyó su nombre pronunciado en voz alta, no se dio cuenta de que Fenton lo estaba presentando a las dos jóvenes. Thomas sintió que se le secaba la boca cuando la mirada de la señorita Sterlington se posó sobre él.

—Encantado de co-conocerla, señorita Starringt, quiero decir, señorita Sterlington —acertó a decir mientras efectuaba una rápida reverencia, ni remotamente tan elegante o graciosa como la de Fenton.

—Igualmente —repuso ella, pero volvió su mirada al vizconde antes de haber terminado su educada pero fría respuesta—. En fin, he escapado de toda esa multitud del salón de baile para tener una conversación privada con mi querida hermana. ¿Podrían ustedes dos, caballeros, disculparnos por un momento? Me temo que, cuando los invitados se aperciban de mi ausencia, no tendré otro momento de paz. Necesito un poco de privacidad y esta es la única estancia disponible. ¿Les importa?

Amber repitió su ademán del puchero y esta vez tanto Thomas como Fenton se trabucaron con las palabras mientras se esforzaban por dejarle claro que no les extrañaba en absoluto que necesitara un rincón privado.

—Dios mío ¿no es un diamante de diez quilates? —dijo Fenton, con la respiración algo agitada, mientras ambos se retiraban hacia la multitud del salón de baile. Le sorprendió que su amigo se sintiera tan alterado por su encuentro con la mujer —de hecho, se había conducido con ella con gran tranquilidad hasta el final de su intercambio— y su abatimiento aumentó al constatar que solo un hombre de la posición del vizconde tendría la oportunidad de recibir las atenciones de Amber Sterlington.

Tiró del cuello de la camisa que vestía, para aliviar la presión. El torpe encuentro le había dejado el corazón acelerado y comenzaba a sudar.

—Debe de pensar que soy un completo idiota ¿Por qué no he podido comportarme como un adulto? —masculló mientras él y Fenton se movían hacia la mesa de los refrigerios. Cuanta más distancia ponía entre él y la chica que lo convertía en un idiota, más aumentaba su irritación.

—No seas tan severo contigo mismo —replicó el vizconde, dándole una palmada en el brazo mientras tomaba una copa de ratafía con la otra mano. Tomó un trago e hizo una mueca de desagrado, pues la ratafía era una bebida suave, obviamente no lo que esperaba encontrar.

—No hay un solo hombre en Londres que pueda controlar a una mujer como Amber Sterlington —continuó—. Tiene la educación de una esposa y el atractivo de una amante.

No se sintió mejor al constatar que estaba tan enamorado como cualquier otro. Tampoco mejoró su estado de ánimo cuando se dio cuenta de que se había perdido el comienzo de la cuadrilla prometida a la señorita Morton. Con un gemido, se excusó ante el vizconde y no tardó en encontrar a su compañera de baile, que parpadeaba para contener las lágrimas cerca de las escaleras. La joven no merecía semejante trato y él se sintió mal por ser la causa de su disgusto.

Era demasiado tarde para unirse al baile, así que empleó el tiempo que duró en sacar a la señorita Morton de su abatimiento con elogios hacia su aspecto —estaba «preciosa con su vestido azul claro»— y un relato humorístico de un caballero al que había perseguido un perro por Hyde Park el día anterior. En el momento en que anunciaron el siguiente baile, la joven se estaba riendo sin poder contenerse, tapándose la boca. Entonces la invitó a bailar y ella aceptó agradecida. De ese modo, se redimió y se sintió mejor.

Momentos después, tras darle las gracias a la señorita Morton por el baile y evitar los ojos aprobatorios de su madre al alejarse de las dos, volvió a ver a la señorita Sterlington. Ella también había bailado la pieza con un joven vestido de uniforme, que en aquel momento se inclinaba para besarle la mano de una manera tan titubeante que Thomas sintió lástima por él.

Un momento después, sin embargo, un pensamiento loco se apoderó de su mente y, antes de que él mismo pudiera darse cuenta, se encontraba frente a ella, en el momento exacto en que acababa de despedir a su antigua pareja de baile y todavía no había aceptado a otra.

—¿Me concede este baile, señorita Sterlington? —se escuchó decir, como si no fuera él. Podía sentir el rubor en las mejillas y el sudor

bajo el apretado cuello de la camisa, mientras aquellos hermosos ojos verdes lo observaban durante un poco más tiempo de lo que parecía justificado.

—Señor —respondió finalmente ella, con el ceño fruncido—, no hemos sido adecuadamente presentados y, por tanto, no puedo bailar con usted.

Su tono no era tan sugerente y juguetón como lo había sido cuando había bromeado con el vizconde.

—Lord Fenton nos presentó no hace ni media hora, en una de las salas de reuniones —repuso Thomas y de inmediato se dio cuenta de lo patético que sonaba, suplicándole que recordara algo a lo que ella no había prestado suficiente atención como para acordarse.

—Estoy segura de que no es así —replicó la bella bruscamente, irguiendo la barbilla y dando un paso atrás—. Además, lord Norwin me ha pedido que le reserve el vals... ah, ahí está.

Amber dio un paso hacia la derecha, justo a tiempo para alzar la mano hacia un hombre que vestía un finísimo frac de color azul y pantalones bombachos de satén. En un momento, la joven se había esfumado y el sonido de su risa le llegó segundos después, cuando ocupaba su lugar junto a lord Norwin en la pista baile. El joven recuperó la compostura, justo a tiempo de ver cómo numerosos asistentes apartaban la mirada de él —con la rapidez que evidenciaba que habían sido testigos del desaire que acababa de sufrir. Por la cara que ponían, no lo sentían por él: más bien estaban tomándole la medida, tal como había hecho la señorita Sterlington.

Abrumado por la vergüenza, se dirigió a la escalera y se retiró de Almack's sin decir palabra a nadie, ni siquiera a Fenton. No se estilaba dejar el baile antes de la cena, pero Thomas no podía quedarse allí ni un minuto más. Mientras regresaba a sus habitaciones alquiladas —en un barrio no tan de moda de la ciudad—, iba reflexionando sobre todas las cosas que ya odiaba de Londres antes de aquella noche y cuánto más las despreciaba ahora.

Como tercer hijo de un barón —un modesto barón del norte de Inglaterra, con pocos contactos en Londres—, y sin suficiente fortuna como para subir de posición, Thomas Richards era consciente de su lugar entre la aristocracia. Era reconocido, pero no como un igual. Se le aceptaba, pero no se le buscaba. El hecho de ser honrado,

generoso, trabajador e inteligente siempre le había parecido una especie de compensación, una forma de equilibrar lo que no tenía con las virtudes que en efecto poseía. Hasta aquella misma noche había pensado que él, en realidad, era igual que otros hombres de mayor rango en aquello que más importaba.

Ahora, sin embargo, estaba seguro de que nunca olvidaría la cara con que lo había mirado Amber Sterlington. Le había dejado bien claro, tanto como el tañido de las campanas de una iglesia, que aunque él se considerara su igual, ella no lo veía así. Tal vez aquello bastara, al menos, para librarlo de la reacción que experimentaba cada vez que la veía. A pesar de todo, se prometió a sí mismo que nunca más se pondría a su alcance.

Capítulo 2

Amber Sterlington pasó la página de la última edición de *The Ladies' Monthly Museum* y habló sin levantar la vista.

—Haz que Darra venga conmigo, mamá. Ya sabes que no me gusta asistir sola a los acontecimientos sociales.

Amber estaba revisando las presentaciones de los nuevos platos de moda y los encontraba tan parecidos a los del número anterior que apenas le llamaban la atención.

—No vas a ir sola —respondió su madre, Elsinore Sterlington, vizcondesa de Marchent, desde el asiento frente a su espejo, mientras Nelson, su doncella, daba los toques finales al moño perfecto con el que le había recogido el cabello castaño rojizo, una versión descolorida del de su hija.

—Yo asistiré también —añadió su madre—. Y además nunca te falta compañía.

—No sé si me apetece que mi madre esté por ahí conmigo y, además, querrás estar con las otras damas.

Aparte de su hermana menor, Amber no tenía amistades femeninas que merecieran su confianza, como la que tantas mujeres jóvenes encontraban las unas en las otras. Era habitual que la debutante que atraía la mayor parte de la atención no se llevara bien con sus competidoras y, cuando tenía a su hermana al lado, no notaba de manera tan evidente cómo las demás chicas hablaban y reían juntas, sin contar con ella.

—Darra me hace compañía, mamá, haz que asista —insistió.

—Ya te he dicho que no se encuentra bien. ¿Es que quieres que la obligue a ir?

—Pues sí —respondió sin dudar, aunque evitó mirar a los ojos de su madre en el espejo, y sintió un pellizco en la conciencia por insistir de aquella manera. Pasó otra página de la revista y observó una serie de medias botas que se parecían a cualesquiera otras que hubiera visto desde que llegara a Londres, hacía casi seis semanas.

—No está enferma, mamá —afirmó por fin—. Lo que pasa es que le fastidia que los caballeros prefieran claramente mi compañía.

Lady Marchent no respondió nada, mientras giraba la cabeza de un lado a otro, mirándose en el espejo.

—Puedes irte, Nelson —indicó a su doncella— y asegúrate de que mi vestido de color lavanda esté listo para mañana. Tengo invitados.

—Sí, *milady* —respondió la criada con una rápida reverencia y, a continuación, recogió sus cosas y salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado, tras haber ayudado a *lady Marchent* a vestirse para la noche.

La señora continuó observando su reflejo con expresión crítica y se palpó la parte inferior de la barbilla, donde la carne empezaba a abultarle un poco, cerca como estaba de la cuarentena.

—Los años no perdonan —dijo, frunciendo el ceño, mientras se levantaba. Las faldas de su vestido crujieron al sacudirlas y, acto seguido, observó a su hija con mirada penetrante.

—Harías bien en tenerlo en cuenta y en encontrar marido antes de tentar al destino esperando más de lo que ya tienes —dijo.

Amber dejó la revista sobre la parte vacía del banco acolchado y devolvió la mirada a su madre, desafiante.

—Solo tengo diecinueve años, mamá —replicó—. No necesito tales advertencias.

Hombres con título, fortuna o ambos habían tomado buena nota de ella en las últimas semanas, por lo que no tenía duda alguna de que, una vez eligiera, se llegaría a un compromiso de inmediato. Cuando ya se hubiera casado, la atracción que ejercía sobre tantos pretendientes llegaría a su fin y se quedaría solamente con el cuidado y el afecto de su esposo, lo cual sería sin duda mucho menos emocionante.

No era una romántica en busca de amor, ya que eso siempre parecía acabar desembocando en un matrimonio desigual. Por el contrario, centraba sus ambiciones en elegir un marido que le asegurara un nivel social como poco equivalente al que siempre había conocido en su familia y le diera la base que necesitaba para hacerse un nombre junto a él, como había hecho su madre antes que ella en su propio matrimonio. Considerar el amor como algo más allá del potencial futuro de su pareja podía oscurecer sus objetivos.

—Nunca entenderé por qué elegiste esperar hasta ahora para presentarte en sociedad —insistió *lady* Marchent, mirando el contenido del bolso que tenía pensado llevar aquella noche—. No debería haberlo permitido.

—¿De verdad no lo imaginas? —preguntó Amber, incrédula—. Es tu ejemplo el que he seguido.

Su madre la miró con cara de irritación.

—Te casaste a los diecisiete años con un vizconde, mamá —continuó. El vizconde de Marchent rara vez interactuaba con sus hijas y reservaba su atención para sus hijos menores, para sus numerosas propiedades y para el parlamento. Aunque no se sentaba en su escaño, seguía de cerca las actuaciones del gobierno y compartía sus opiniones con amigos que tenían representación.

—Recuerda —prosiguió la hija—, papá ya estaba en posesión de su título en el momento en que os comprometisteis. Sabes tan bien como yo que hay muy pocos partidos en posesión de su título esta temporada y la pasada hubo incluso menos. Por eso decidí esperar.

—Hay un puñado de herederos que han manifestado sus afectos por ti —repuso *lady* Marchent.

—Sí, pero el padre de Daniel Greenley está en su mejor momento y me sorprendería que dejara pronto su asiento en la Cámara de los Lores —dijo Amber en referencia a su pretendiente más ardoroso. Le había hecho proposiciones media docena de veces, por lo menos, y publicaría las amonestaciones a la mañana siguiente, si ella lo aceptaba.

—David Harrington no heredará hasta que no fallezca su tío —continuó la joven—, pero en caso de que este se case y tenga descendencia, cosa que no descarto, porque ya he visto a ese hombre ridículo mirando a las viudas en varias reuniones sociales, el señor Harrington no cuenta con ninguna recomendación. El señor Morrison tiene casi tu edad, mamá, pero no voy a conformarme con solo tres mil libras, sin mencionar que su propiedad está en Leeds. Lord Fenton es una mariposa que va de flor en flor y sus intenciones son poco de fiar, en el mejor de los casos. En cuanto a Bertram Welshire, va a necesitar una fortuna para reparar el daño que sus hermanos menores han hecho a las arcas familiares. Para acabar, lord Norwin es insoportablemente aburrido, aunque la verdad es que podría ser mi

mejor partido. Su padre no ha vuelto al parlamento este año, a causa de una enfermedad que aún no se ha concretado en los mentideros, y se rumorea que tiene una renta de cerca de diez mil libras al año. Su familia está bien relacionada, por lo demás.

Aunque Amber no tenía amigas, había muchas chicas que se relacionaban con ella por sus contactos y no dudaba en utilizarlas para obtener información, que nunca compartía con nadie. Se limitaba a archivar lo que sabía para sus propios fines.

Al ver que la sorpresa en el rostro de su madre se convertía en admiración por su astucia, terminó su comentario:

—He oído, sin embargo, que el conde de Sunther podría regresar a Londres dentro de dos semanas. Con el título nuevecito sobre sus hombros, debe de ser muy consciente de la necesidad de asegurarse una esposa y un heredero.

La señorita Sterlington se interrumpió y miró a su madre con una sonrisa.

—No pienses que hago ningún movimiento a lo tonto solo porque no he compartido contigo lo que tengo en la cabeza —continuó—. Soy la hija mayor, mamá. Quiero que estéis orgullosos de mí y asegurarme de que mis hijos crezcan con el mismo nivel de distinción que yo he conocido.

—Lamento haber dudado de ti —respondió su madre, con una sonrisa aprobatoria—. Me temo que, con tantos asuntos que demandan mi atención, no me he dado cuenta de cómo has madurado.

Dicho esto, *lady* Marchent se acercó a su hija y le tomó las manos, en una nada frecuente muestra de afecto.

—No dejaré que mis preocupaciones puedan atenuar mi confianza en ti —le dijo y, a continuación, se inclinó y presionó la mejilla muy rápidamente contra la de su hija. Amber inhaló el perfume de su madre y cerró los ojos. Su mente volvió de pronto a los tiempos de su niñez, cuando tantas veces había ansiado el regreso de su madre a Hampton Grove, la propiedad donde ella y sus hermanos —Darra y los tres varones, dos de los cuales estaban ahora en la escuela— habían pasado su infancia. Recordaba que su madre había estado casi siempre ausente y aún no se había curado del dolor de aquella privación. No había olvidado el día en que *lady* Marchent, tras llegar a casa después de una temporada en Bath, había mirado sorprendida a su hija mayor.

—Pero bueno, te estás convirtiendo en toda una mujer —le había dicho, cuando apenas tenía quince años—. Y bien hermosa, por cierto. Debemos prestar atención a tu educación en las cualidades que garantizarán el futuro que merece una belleza como la tuya. Una mujer tiene una sola oportunidad de conseguir algún poder en esta vida, ya lo sabes, y nos aseguraremos de que estés a la altura de tu familia.

Aquel día, Amber sintió que ya ocupaba un lugar en la vida de su madre y desde entonces se había mantenido alerta hacia el mundo en general, con la intención de lograr todo lo que deseaba su progenitora para ella. La joven acababa de ver valorados sus esfuerzos, aunque por dentro no pudo evitar desear que no hubiera hecho falta tanto desvelo para llamar la atención de su madre. *Lady Marchent* se apartó de su hija, tras su amago de abrazo, y la joven sintió las manos frías después del contacto con las de su madre.

—Hablaré con Darra sobre su asistencia esta noche —anunció—. No quiero que vayas desanimada a las reuniones. También me aseguraré de preguntar por el padre de lord Norwin en la cena. Seguro que la señora Heyworth está al corriente de la circunstancia.

Amber asintió. Sabía que su madre cumpliría con ella y disfrutaba de la victoria interna que sentía por haber acertado en aquella expectativa.

—Salimos en poco más de una hora —indicó *lady Marchent*—. Ve a prepararte, tu nueva doncella ya estará impaciente.

—Estará esperando con impaciencia a que me la presenten, supongo —repuso Amber, frunciendo el ceño ante el recuerdo de las dificultades que había tenido con su criada anterior, Helen, durante las últimas semanas.

La joven abandonó los aposentos de su madre y regresó a su dormitorio, donde la nueva doncella la estaba esperando, en compañía del ama de llaves, la señora Nitsweller. Tal como *lady Marchent* había supuesto, ambas mujeres parecían inquietas por el escaso tiempo que les quedaba para preparar a Amber para la cena.

—Señorita Sterlington —dijo la señora Nitsweller—, con su permiso, le presento a Suzanne Miller, su nueva doncella.

Amber no cambió de expresión mientras observaba a la mujer que hacía una reverencia ante ella.